

RILEY SAGER

CIERRA TODAS LAS PUERTAS

Traducción de

Yara Trevethan Gaxiola

Título original: *Lock Every Door*

© 2019, Riley Sager

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu

Fotografías de portada: © iStock / © Unsplash - Filip Kominik

Fotografía del autor: © Michael Livio

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2021

ISBN: 978-607-07-7286-3

Primera edición impresa en México: enero de 2021

ISBN: 978-607-07-7303-7

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

AHORA

La luz rebana la oscuridad y me despierta bruscamente.

Alguien abre a la fuerza mi ojo derecho. Unos dedos cubiertos con guantes de látex separan de golpe mis párpados, como si fueran persianas difíciles de abrir. Ahora hay más luz. Molesta, dolorosamente brillante. Una linterna de bolsillo se dirige hacia mi pupila.

Lo mismo sucede con mi ojo izquierdo. Lo fuerzan. Lo abren. Entra luz.

Los dedos liberan mis párpados y vuelvo a sumergirme en la oscuridad.

Alguien habla. Un hombre de voz amable.

—¿Me escuchas?

Abro la boca y un dolor ardiente rodea mi mandíbula; punzadas agudas agujonean mi cuello y mi mejilla.

—Sí. —Mi voz es ronca. Tengo la garganta reseca. También los labios, salvo por una pequeña área pegajosa, húmeda y caliente, con sabor metálico—. ¿Estoy sangrando?

—Así es —responde la misma voz—. Solo un poco. Pudo ser peor.

—Mucho peor —comenta otra voz.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital, querida —explica la primera voz—. Te haremos unos análisis. Tenemos que ver qué tan mal estás.

Entonces comprendo que estoy en movimiento. Puedo escuchar el chirriar de las ruedas sobre las baldosas y sentir el ligero tambaleo de una camilla sobre la que, acabo de notar, estoy acostada. Hasta ahora, pensé que flotaba. Trato de moverme, pero no puedo. Mis brazos y piernas están atados. Algo envuelve mi cuello y mantiene fija mi cabeza.

Hay otras personas conmigo. Sé que hay tres; las dos voces y alguien más que empuja la camilla. Un murmullo cálido roza el lóbulo de mi oreja.

—Veamos qué tanto recuerdas. —Es la primera voz, de nuevo. El más parlanchín de todos—. ¿Puedes responder algunas preguntas?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Jules. —Callo, enojada por la humedad caliente que moja mis labios. Trato de lamerla, pero mi lengua no responde—. Jules Larsen.

—Hola, Jules —dice el hombre—. Yo soy Bernard.

Quiero saludarlo, pero mi mandíbula aún duele.

Como todo mi costado izquierdo, desde la rodilla hasta el hombro.

Como duele la cabeza.

Es una rápida punzada que, en cuestión de segundos, pasa de ser inexistente a convertirse en un alarido. O quizá ahí ha estado todo este tiempo y solo ahora mi cuerpo es capaz de lidiar con el dolor.

—¿Cuántos años tienes, Jules? —pregunta Bernard.

—Veinticinco. —Callo, subyugada por una nueva explosión de dolor—. ¿Qué me pasó?

—Te atropelló un automóvil, querida —dice Bernard—. O quizá tú atropellaste al coche. Los detalles aún no son claros.

No puedo ayudarle en ese tema. Estas son noticias de última hora para mí. No recuerdo nada.

—¿Cuándo?

—Hace solo unos minutos.

—¿Dónde?

—Justo frente al Bartholomew.

Mis ojos se abren como un resorte, esta vez por voluntad propia.

Parpadeo bajo las deslumbrantes hileras fluorescentes que pasan volando sobre mí, conforme la camilla avanza a toda velocidad. Bernard mantiene el paso. Tiene la piel oscura, va vestido con un uniforme brillante para cirugía. Tiene ojos castaños; son amables, por eso los miro fijamente, suplicando.

—Por favor —le ruego—. Por favor, no me haga regresar ahí.

SEIS DÍAS ANTES

1

El elevador parece una pajarera, de techo alto y ornamentado, con barras delgadas y dorado al exterior. Incluso pienso en pájaros cuando entro en él. Exótico, luminoso y lujoso.

Todo lo que yo no soy.

Sin embargo, la mujer a mi lado en definitiva satisface los estándares, con su traje Chanel azul, el cabello rubio recogido y unas manos que, con un perfecto manicure, caen bajo el peso de varios anillos. Podría tener alrededor de cincuenta años, quizá más. El bótox estira su rostro y lo hace brillar. Su voz es clara y burbujeante como la champaña. Incluso su nombre es elegante: Leslie Evelyn.

Como, técnicamente, esta es una entrevista de trabajo, yo también voy vestida de traje.

Negro.

No es Chanel.

Mis zapatos son de una tienda de saldos. Mi cabello castaño cae irregular sobre mis hombros. Normalmente, hubiera

ido a Supercortes para que me lo emparejaran, pero ahora hasta eso está fuera de mi presupuesto.

Asiento con fingido interés cuando Leslie Evelyn dice:

—El elevador es original, por supuesto. Igual que la escalera principal. El vestíbulo no ha cambiado mucho desde que este lugar abrió, en 1919. Eso es lo mejor de estos antiguos edificios: se construyeron para durar.

Y parece ser que también para forzar a las personas a invadir el espacio privado de los demás. Leslie y yo estamos de pie, hombro con hombro, en el sorprendentemente pequeño elevador. Pero lo que le falta de tamaño lo compensa en estilo. Está alfombrado de rojo y decorado con hoja de oro en el techo. En tres de sus costados se alzan paneles de roble hasta la altura de la cintura, donde continúan en una serie de estrechas ventanas.

El elevador tiene dos puertas: una de finas barras corrediizas que se cierra sola y una cancela entrecruzada, que Leslie cierra antes de presionar el botón del último piso. Ascendemos con un movimiento lento pero seguro por uno de los edificios más ilustres de Manhattan.

Si hubiera sabido que el departamento estaba en este inmueble, jamás hubiera respondido al anuncio. Lo habría considerado una pérdida de tiempo. No soy una Leslie Evelyn que lleva un portafolio color caramelo y luce tan cómoda en un lugar así. Soy Jules Larsen, el producto de un pueblo minero de Pensilvania, con menos de quinientos dólares en mi cuenta de cheques.

No pertenezco aquí.

El anuncio no mencionaba la dirección; solo decía que necesitaban a alguien que cuidara un departamento y ponían

un número de teléfono para llamar en caso de estar interesado. Yo lo estaba. Llamé. Leslie Evelyn respondió y me dio la hora y el lugar de la entrevista. La parte baja del Upper West Side. Sin embargo, en realidad no sabía en lo que me estaba metiendo hasta que estuve frente al edificio y confirmé por tercera vez la dirección para asegurarme de que era el lugar correcto.

El Bartholomew.

Está justo detrás del Dakota y de las torres gemelas del San Remo, y es uno de los edificios residenciales más notables de Manhattan. En parte, debido a lo angosto que es. Comparado con otras leyendas de inmuebles neoyorquinos, el Bartholomew es poca cosa: una fina rebanada de piedra de trece pisos, sobre la avenida oeste de Central Park. En un vecindario de mastodontes, el Bartholomew sobresale por ser lo contrario; es pequeño, refinado, memorable.

Pero la razón principal por la que este edificio se considera famoso es por sus gárgolas, las clásicas con alas de murciélago y cuernos de demonio. Las bestias de piedra están por todas partes, desde el par que está posado sobre la puerta principal de arco hasta las que se hallan agazapadas en cada esquina del tejado inclinado. Otras tantas pueblan la fachada del edificio; forman hileras cortas cada dos pisos. Reposan sobre aleros de mármol, con los brazos levantados hacia las cornisas de arriba, como si ellas solas mantuvieran en pie al Bartholomew. Hacen que el edificio tenga un aspecto gótico, como una catedral que inspira un apodo igualmente religioso: San Bart.

Con el curso de los años, el Bartholomew y sus gárgolas han engalanado miles de fotografías. Las he visto en tarjetas

postales, anuncios y como fondo de publicidad de moda. Han aparecido en películas y en televisión, así como en la portada de un bestseller que se publicó en los ochenta, *Corazón de una soñadora*, donde supe de su existencia por primera vez. Jane tenía un ejemplar y con frecuencia me lo leía en voz alta mientras yo me recostaba en su cama.

El libro narra la historia de una huérfana de veinte años llamada Ginny quien, por azares del destino y gracias a la benevolencia de una abuela a la que nunca conoció, termina viviendo en el Bartholomew. Ginny recorre su nuevo y lujoso vecindario enfundada en una serie de vestidos de gala cada vez más elaborados, al tiempo que hace malabares con varios pretendientes. Por supuesto, es una historia banal, pero maravillosa; de esas que hacen que una joven sueñe con encontrar el amor en las bulliciosas calles de Manhattan.

Mientras Jane leía, yo miraba la portada del libro que mostraba al Bartholomew desde la banqueta de enfrente. Donde crecimos no había edificios así, solo hileras de casas y escaparates de tiendas con ventanas ennegrecidas, de una tristeza interrumpida solo por alguna escuela o templo de culto. Aunque nunca habíamos estado en Manhattan, nos intrigaba mucho la idea de vivir en un lugar como el Bartholomew, que estaba a un mundo de distancia de la pulcra casa de dos pisos en la que vivíamos con nuestros padres.

—Algún día —decía Jane con frecuencia, entre un capítulo y otro—. Algún día viviré ahí.

—Y yo te visitaré —añadía yo.

Jane me acariciaba el cabello.

—¿Visitar? Vivirás ahí conmigo, pequeña Julie.

Desde luego, ninguna de esas fantasías infantiles se hizo realidad. Nunca se hacen realidad. Quizá solo para las Leslie Evelyn del mundo, pero no para Jane y, definitivamente, no para mí. Este recorrido en el elevador es lo más cerca que llegaré de ese sueño.

El cubo del elevador está inserto en el hueco de la escalera que se levanta en caracol al centro del edificio. A través de sus ventanas, puedo ver cómo ascendemos. Entre cada piso hay diez escalones, un descanso y luego diez escalones más.

En uno de los descansos, un anciano baja con dificultad los escalones; lo ayuda una mujer vestida con uniforme morado de enfermera, que parece exhausta. Ella espera paciente, toma al hombre por el brazo, mientras él se detiene para recuperar el aliento. Aunque fingen no prestar atención cuando pasa el elevador, sorprende sus rápidas miradas justo antes de que el siguiente piso bloquee mi vista.

—El área residencial abarca once pisos, a partir del segundo —comenta Leslie—. En la planta baja están las oficinas del personal y la zona reservada a los empleados, además del área de mantenimiento. Los almacenes están en el sótano. Hay cuatro departamentos en cada piso: dos al frente y dos en la parte de atrás.

Pasamos otro piso; el movimiento del elevador es lento pero constante. En este nivel, una mujer casi de la edad de Leslie espera el regreso del elevador. Está vestida con *leggings*, botas UGG y un grueso suéter blanco; pasea a un perro increíblemente diminuto con una correa salpicada de incrustaciones. Saluda a Leslie con un amable gesto de la mano, mientras me observa a través de sus enormes lentes de sol. En ese breve

momento en el que estamos cara a cara, reconozco a la mujer. Es una actriz. Al menos lo fue. Ya pasaron diez años desde la última vez que apareció en una telenovela que vi con mi madre en unas vacaciones de verano.

—¿Ella es...?

Leslie alza la mano para interrumpirme.

—Nunca hablamos de los inquilinos. Es una de las reglas tácitas de este lugar. El Bartholomew se enorgullece de su discreción. Las personas que viven aquí quieren sentirse cómodas entre sus paredes.

—Pero ¿aquí vive gente famosa?

—En realidad, no —explica Leslie—. Eso nos conviene. Lo último que deseamos es tener una multitud de *paparazzi* en la entrada. O, Dios no lo quiera, que pasara algo tan horrible como lo que sucedió en el Dakota. Nuestros residentes suelen ser discretamente adinerados. Aman su privacidad. Muchos de ellos utilizan corporaciones ficticias para comprar sus departamentos y que la transacción no sea del dominio público.

El elevador se detiene con una sacudida al final de las escaleras.

—Aquí es. Decimosegundo piso —dice Leslie.

Abre la rejilla y sale; sus tacones golpean las baldosas de color blanco y negro.

Las paredes del pasillo son de color bermellón, con aplicaciones colocadas a intervalos regulares. Pasamos dos puertas sin marcas distintivas y llegamos al final del corredor, frente a una ancha pared con dos puertas más. A diferencia de las otras, estas están marcadas: 12A y 12B.

—Pensé que había cuatro departamentos por piso —comento.

—Así es —explica Leslie—. Salvo en este. El piso doce es especial.

Volteo a ver las puertas sin marcas que están detrás de nosotras.

—Entonces, ¿esos qué son?

—Unidades de almacenamiento. El acceso al techo. Nada emocionante. —Mete la mano en su portafolio y saca un juego de llaves que utiliza para abrir el 12A—. Aquí es donde está lo verdaderamente emocionante.

La puerta se abre y Leslie se hace a un lado para mostrar un pequeño recibidor adornado con buen gusto. Hay un perchero, un espejo de chapa de oro, una mesa sobre la cual hay una lámpara, un jarrón y una pequeña charola para las llaves. Mi mirada recorre el recibidor, luego el departamento en general y llega a una ventana que está justo frente a la puerta. Afuera descubro uno de los paisajes más impresionantes que jamás he visto.

Central Park.

Finales del otoño.

El sol ámbar cae oblicuo entre el follaje naranja y dorado.

Todo eso a ojo de pájaro, a cuarenta y cinco metros de altura.

La ventana que brinda este paisaje se extiende desde el piso hasta el techo, en una sala elegante al otro lado del pasillo. Atravieso el recibidor con paso inseguro por el vértigo y me dirijo a la ventana; me detengo cuando mi nariz está a dos centímetros del vidrio. Justo enfrente está el lago de

Central Park y la elegante arcada del puente Bow. Más allá, a la distancia, se ven fragmentos de la terraza Bethesda y del restaurante Loeb Boathouse. A la derecha se encuentra Sheep Meadow, la «pradera de las ovejas», cuya verde extensión está moteada con la silueta de personas que disfrutan del sol otoñal. El castillo Belvedere está situado a la izquierda, con la piedra gris del majestuoso Museo Metropolitano de Arte como telón de fondo.

Asimilo el paisaje, casi sin aliento.

Lo había visto antes en mi imaginación, cuando leía *Corazón de una soñadora*. Este es el paisaje exacto que, en el libro, veía Ginny desde su departamento. Meadow al sur, Belvedere al norte, el puente Bow justo en medio; el centro de sus sueños más increíbles.

Por un segundo es mi realidad, a pesar de toda la mierda que he tenido que vivir. Quizá incluso debido a ello. De algún modo, parece que el destino me trajo aquí, aunque me vuelva a agobiar el mismo pensamiento: «no pertenezco a este lugar».

—Lo siento —digo mientras me alejo de la ventana—. Creo que esto es un enorme malentendido.

Hay muchas formas en las que Leslie Evelyn y yo pudimos confundirnos. El anuncio en Craigslist pudo tener el número de teléfono equivocado, o quizá yo cometí un error al marcar. Cuando Leslie contestó, la llamada fue tan breve que la confusión fue inevitable. Yo pensé que ella buscaba a alguien que cuidara un departamento; ella pensó que yo buscaba un departamento. Y ahora, aquí estamos: Leslie inclina la cabeza y me lanza una mirada confundida; yo estoy asombrada por

el paisaje que, seamos sinceros, alguien como yo no estaba destinada a ver.

—¿No te gusta el departamento? —pregunta Leslie.

—Me encanta. —Me permito echar una rápida mirada por la ventana. No puedo evitarlo—. Pero no busco un departamento. Quiero decir, sí; pero podría ahorrar hasta el último centavo, hasta tener cien años, y aun así no podría pagar este lugar.

—El departamento todavía no está disponible —dice Leslie—. Solo necesita que alguien lo ocupe los próximos tres meses.

—No es posible que alguien esté dispuesto a pagarme por vivir aquí. Aunque sea por tres meses.

—Te equivocas. Eso es exactamente lo que queremos.

Leslie señala un sofá en el centro de la sala. Tapizado en terciopelo carmesí, parece más caro que mi primer automóvil. Me siento, indecisa, temerosa de arruinar el mueble con algún movimiento descuidado. Leslie toma asiento frente a mí, en una silla a juego con el sofá. Entre nosotras hay una mesa baja de caoba sobre la que descansa una orquídea de pétalos blancos e inmaculados.

Ahora que ya no me distrae el paisaje, veo que toda la sala está decorada en tonos rojos y madera. Es cómoda, aunque un poco conservadora. El tictac de un antiguo reloj de péndulo se escucha desde un rincón. Las ventanas están cubiertas de cortinas de terciopelo y contraventanas de madera. Hay un telescopio de latón sobre un trípode de madera que está dirigido no al cielo, sino a Central Park.

El tapiz tiene un patrón floral rojo, una extensión ornamentada de pétalos que se abren como abanicos y se entrela-

zan en elaboradas combinaciones. En el techo, las molduras de las cornisas hacen juego; los enlucidos se despliegan con florituras en las esquinas.

—Esta es la situación —explica Leslie—. Otra regla del Bartholomew es que ningún departamento puede permanecer vacío más de un mes. Es una vieja norma y algunos dirían que muy extraña. Pero quienes vivimos aquí estamos de acuerdo en que un edificio ocupado es un edificio feliz. Algunos lugares alrededor están medio vacíos la mayor parte del tiempo. Claro, la gente puede ser dueña de los departamentos, pero casi no vive en ellos. Y eso se nota. Entra en cualquiera y sentirás que estás en un museo. O peor, en una iglesia. Por otro lado, también hay que pensar en la seguridad. Si se llega a saber que una residencia del Bartholomew estará vacía durante unos meses, cualquiera podría entrar a robar.

De ahí la razón de ese sencillo anuncio perdido entre todos los otros que solicitaban servicios. Me preguntaba por qué era tan impreciso.

—¿Así que buscan a alguien que lo cuide?

—Buscamos un inquilino —confirma Leslie—. A una persona que le insuffle vida al edificio. Este lugar, por ejemplo. La propietaria murió hace poco; era viuda. No tuvo hijos, solo algunas sobrinas y sobrinos codiciosos en Londres, que actualmente pelean para saber quién se quedará con el lugar. Hasta que esa situación se resuelva, el departamento estará desocupado. Como solo hay dos unidades en este piso, imagina lo vacío que se sentiría.

—¿Por qué las sobrinas y los sobrinos no lo ponen en renta?

—No está permitido. Por las mismas razones que mencioné antes. Puedes rentar el lugar y después sabe Dios qué harán con él.

Asiento; de pronto comprendo.

—Y al pagarle a alguien para que se quede aquí, se aseguran de que no le harán nada al departamento.

—Exactamente —admite Leslie—. Considéralo una póliza de seguro. Una que paga muy bien, puedo agregar. En el caso del 12A, la familia de la dueña fallecida ofrece cuatro mil dólares al mes.

Mis manos, que hasta entonces se habían mantenido sobre mi regazo, se desplomaron a mis costados.

Cuatro mil al mes.

Por vivir *aquí*.

La paga es tan asombrosa que siento como si el sofá carmesí desapareciera debajo de mí y me dejara flotando a unos centímetros del suelo.

Trato de ordenar mis pensamientos; me cuesta trabajo realizar incluso una ecuación básica. Son doce mil dólares por tres meses. Más que suficiente para sacarme a flote mientras normalizo mi vida.

—Supongo que estás interesada —dice Leslie.

«De vez en cuando, la vida te presenta un botón de reinicio. Cuando lo hace, tienes que apretarlo con todas tus fuerzas».

Jane me dijo eso una vez, en los días en los que me leía en su cama, cuando yo era demasiado joven como para entender lo que esa frase significaba.

Ahora lo sé.

—Sí, estoy muy interesada —respondo.

Leslie sonríe, sus dientes brillan detrás de sus labios rosa durazno.

—Bien, pues comencemos con la entrevista, ¿te parece?